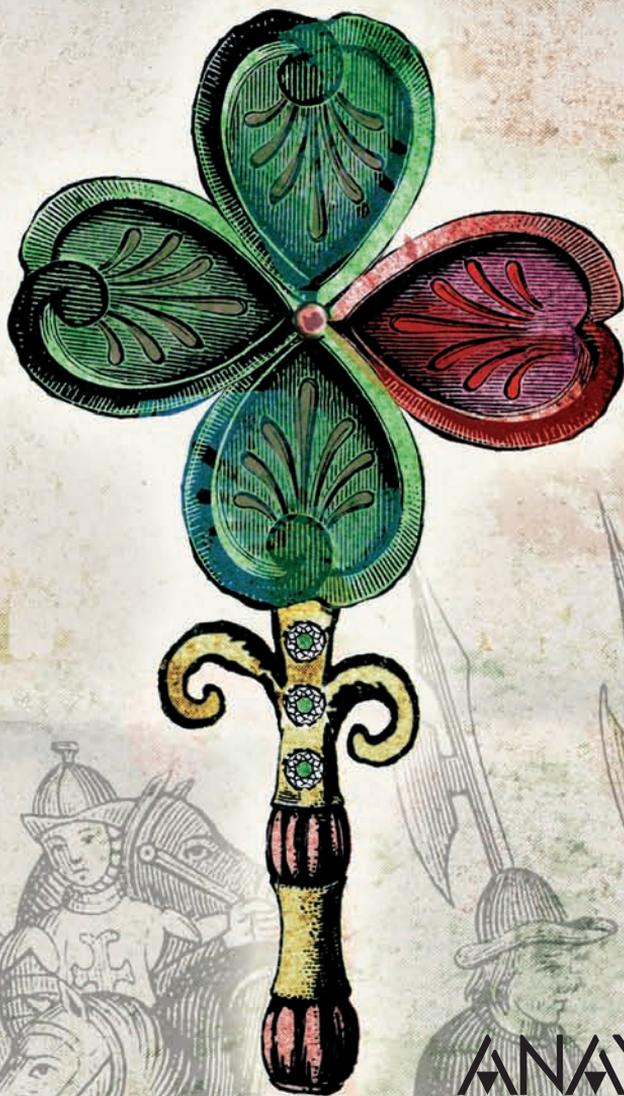


LAURA ANDÚJAR LORCA

EL TRÉBOL DE KINSALE



ANAYA

© Laura Andújar Lorca, 2007
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2007
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

1.ª edición: mayo de 2007

Cubierta de Pere Ginard

ISBN: 978-84-667-6405-6
Depósito legal: B. 23.148/2007

Impreso en Romanyà Valls, S. A.
Capellades (Barcelona)
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas en este libro son las establecidas por la Real Academia Española en su última edición de la *Ortografía*, del año 1999.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

PRÓLOGO

LA BATALLA DE KINSALE

En octubre del año 1602, unos tres mil hombres de la Armada Española desembarcaron en Kinsale, a las órdenes de don Juan de Águila. Su propósito era ayudar a los rebeldes irlandeses en su lucha contra las tropas inglesas.

El día de su llegada, un gran número de habitantes de Kinsale salió a recibirles ondeando banderas y agradeciendo con vítores y abrazos la ayuda que ofrecían a la causa católica. Entre ellos se encontraba Colette Callaghan, viuda reciente e importante miembro de la nobleza de Kinsale. Aunque la mayoría pensaba que la noble estaba allí prestando apoyo como cualquier otro ciudadano, su propósito no era tan noble. Colette siempre se había sentido atraída por los hombres del sur de Europa y la llegada de una tropa de tres mil españoles era la mejor manera de poner fin al luto que soportaba desde hacía varios

meses. Cómodamente reclinada en su carroza podía contemplar el paso de los oficiales mientras daba indicaciones a sus asistentes. Debieron de pasar unos dos mil o dos mil quinientos antes de que apareciera Rodrigo Vergara, un joven capitán que destacaba del resto por sus casi dos metros de altura, su melena desgreñada y sus ojos negros, que se clavaron desafiantes en Colette. Nada más verlo, la viuda Callaghan golpeó a un asistente en el hombro:

—Quiero al alto de pelo largo —le ordenó.

Un par de hombres de su séquito apartaron a Rodrigo de los demás soldados y lo llevaron en presencia de Colette. Con aquel golpe de suerte, Rodrigo había firmado su salvación.

Además de su atractivo y potencia física, que habrían bastado para contentar a la viuda (y a cualquier mujer, independientemente de su estado marital), Rodrigo tenía don de lenguas, y fue capaz de aprender gaélico en menos de un mes. Aquello acabó de derrotar a Colette, que se enamoró perdidamente de él y empezó a urdir un plan para retener a Rodrigo más allá de lo que durara la batalla. Mientras sus compañeros de la Armada combatían penosamente contra los ingleses y contra el frío y la lluvia de Irlanda, Rodrigo comía caliente y dormía más caliente aún, escondido en la mansión de la noble.

Mas a pesar de la resistencia de los bravos irlandeses y sus aliados, la batalla de Kinsale se perdió tristemente en enero de 1602, con lo que sucumbió el último bastión de la Irlanda católica para pasar a manos de la reina de Inglaterra y sus nobles. Las tropas españolas firmaron su rendición y se prepararon para embarcar de vuelta a España a principios de año. Cuando Colette se enteró, intentó por todos los medios que Rodrigo rechazara volver a su tierra. Rodrigo quizás había sido un cobarde, pero no era estúpido, y había omitido explicar a Colette que tenía una mujer, dos hijos y otro en camino, esperándole en España. La viuda intentó convencerle describiendo la vida de riquezas y placer que podrían disfrutar juntos, y unos días antes de marchar, le mostró su joya más preciada: un trébol del tamaño de un puño, con tallo esculpido en oro y diamantes y adornado con cuatro esmeraldas en forma de hojas.

—El valor de este trébol es incalculable. Es el Trébol de las Cuatro Sagas, el de la suerte absoluta —explicó Colette, mientras depositaba la joya en las manos de Rodrigo—. ¡Podríamos vivir como reyes en cualquier rincón de Irlanda el resto de nuestras vidas!

Rodrigo no cambió de opinión, a pesar del brillo tentador del oro en sus pupilas. Ella contaba aún con un último cartucho antes de dejarle marchar: el día previo a la partida de Rodrigo le confesó que estaba

embarazada de dos meses y le pidió en matrimonio. Ni aun así consiguió convencer al capitán, que se disculpó por su falta de sinceridad y se justificó diciendo que no podía abandonar a su familia. Colette Callaghan finalmente lo comprendió, y se resignó:

—Me has rechazado, pero al menos me contento con saber que una parte de ti se queda conmigo —Colette puso sus manos sobre el vientre—. Sé que aquí dentro llevo a un varón que se parecerá a ti. Su nombre será Vergara, y de ahora en adelante, todos los varones de mi estirpe deberán ser nombrados con tu apellido.

Dicho esto, se levantó y salió de la estancia. Fue la última vez que Rodrigo y Colette se vieron.

El capitán Vergara se disponía a salir de la mansión de madrugada para embarcarse de vuelta a casa, pero antes hizo algo que le deshonoró aún más que su aventura con Colette. Sigilosamente entró en la estancia donde la noble guardaba el trébol, lo sacó de la caja dorada donde lo había visto el día anterior y lo escondió entre sus ropas. A su llegada al puerto, la mayoría de compañeros de tropa se alegraron al verle de nuevo, ya que le habían dado por muerto en la batalla. El género masculino es inocente y noble por naturaleza, aunque Rodrigo fuera una excepción.

Cuando atracaron de nuevo en tierras españolas, tras varias semanas de navegación, la familia de Ro-

drigo le esperaba impaciente. Se abalanzaron sobre él entre llantos y abrazos. Les sorprendió su buen estado de salud, en comparación con los demás hombres, demacrados y envejecidos por la dureza de la batalla. Rodrigo tenía las mejillas rosadas y había engordado diez kilos.

Sus hijos le preguntaban orgullosos cómo había sido la lucha, y Rodrigo mentía diciendo que arriesgó su vida hasta tal punto que los irlandeses le habían condecorado en reconocimiento a su bravura con una joya en forma de trébol de cuatro hojas, de valor incalculable, que él regaló a su mujer como símbolo de amor eterno.

CAPÍTULO 1

Hay algunos que viajan por placer y otros por obligación. Yo soy de las que piensan que un viaje, además, es un buen premio, y en aquel momento, después de haber hecho el examen de Selectividad y prediciendo que me tocaría soportar un largo verano sola en Madrid, ya que todos mis amigos emigraban en julio y agosto, se me ocurrió que me merecía pasar unos meses fuera, para relajarme después de las largas semanas de estudio y recuperar fuerzas para la entrada en la universidad.

Y escogí Irlanda, por lo del verde esperanza, en parte, y sobre todo porque mi compañera Blanca me había facilitado el contacto con una pensión en la que podía trabajar durante los meses de verano. Pensaba (si mis expectativas de nota se cumplían), comenzar en octubre la carrera de Filología Inglesa, por lo que un trabajo en Irlanda, además, me ofrecía la

posibilidad de invertir en mis estudios. Blanca siempre fue una alumna aventajada, ya que su madre era irlandesa, y su segunda lengua fue el inglés. La madre de Blanca conocía a una tal Mary Ryan, la mujer que regentaba la pensión de Kinsale —una pequeña ciudad costera del sur de Irlanda— donde iba a trabajar aquel verano.

El viaje en avión de Madrid a Cork fue algo turbulento. Parecía que Irlanda me daba la bienvenida con su cara habitual, la de la lluvia y cielos nublados, para que no bajara la guardia pensando que aquellos meses iban a ser unas vacaciones de placer, y que incluso podría volver bronceada. Nada de eso. Me topé con la verdad en forma de negros nubarrones a poco de divisar la isla desde la ventanilla del avión. El piloto, o quienquiera que fuese el que hablaba desde la cabina, nos instó a abrocharnos el cinturón de seguridad porque íbamos a entrar en una zona de fuertes turbulencias. Al mismo tiempo que se encendían las lucecitas de cinturones abrochados sobre nuestras cabezas, el avión dio un bajón brusco, que a mí me subió el estómago a la garganta y a mi compañero de asiento el zumo de naranja hasta las cejas. Me reí por dentro pensando que las turbulencias no son peligrosas, son como olas suaves en el mar, y que según mi vieja teoría uno no debe sentir miedo mientras las azafatas se mantengan en pie y no vociferen agarradas

a la puerta de emergencia, gritando «¡no salimos de esta!» o «¡nos estrellamos!», «¡ojalá yo hubiera medido solo 1,50!» o cosas por el estilo. Esta creencia se confirmó una vez más, ya que a pesar de las turbulencias aterrizamos sin ningún problema.

Desde Cork tomé un autobús de línea hasta Kinsale. Durante el trayecto, apoyada sobre la ventanilla, estudiaba el paisaje verde a ambos lados de la carretera, que atravesaba unos cuantos pueblos de interior hasta acercarnos a la costa. A mi lado había una mujer de unos cuarenta años, más bien gruesa y de brazos rollizos y blancos, que llevaba sobre las piernas una cesta de mimbre con algo envuelto en un pañuelo, y sobre este unas cuantas manzanas verdes. Se bajó en un pueblo anterior a Kinsale, y antes de hacerlo me ofreció una de sus manzanas, que acepté con una sonrisa de agradecimiento y despedida. Mi primera impresión de los irlandeses fue que eran generosos y amables, y mastiqué la manzana hasta llegar a mi destino.

Llegué a la estación de autobuses de Kinsale poco antes de las siete. Nadie me esperaba allí, Blanca me había escrito en un papel la dirección de la pensión y las indicaciones básicas para encontrarla. Arrastré mi maleta gigante por las calles de Kinsale, y necesité casi veinte minutos hasta llegar al Bed & Breakfast, una de esas pensiones de ambiente acogedor y precio

razonable que abundan en Gran Bretaña e Irlanda. Su nombre era The Sea Gull, y era un edificio de cuatro plantas, sin balcones. Estaba a punto de llamar al timbre cuando se abrió la puerta:

—¿Alice?, tú debes de ser Alice —una mujer me hizo pasar al interior y estrechó mi mano. No me importó que usara la versión inglesa de mi nombre, ya que no quería torturarla con la imposible tarea de pronunciar la «c» española—. Yo soy Mary Ryan.

Era una mujer pequeña, recia, de pelo corto y alborotado, entre anaranjado y rubio. Sus ojos eran de un azul apagado, su tez amarillenta, y en la sonrisa mostraba unos dientes irregulares, demasiado pequeños. Calculé que tendría algo más de sesenta años.

—¿Cómo ha ido el viaje? Debes de estar cansada —adivinó, cerrando la puerta tras de mí.

Me enseñó la planta baja; desde el vestíbulo, cubierto por una desgastada alfombra marrón, subía una escalera que daba a las tres plantas superiores donde se albergaban los huéspedes. A la izquierda había un salón bastante amplio, con un par de sofás, una gran mesa alargada y un televisor. Junto a esta sala estaba la cocina, y enfrente se encontraba el comedor, que contaba con una decena de mesas y se usaba para el desayuno. Me explicó que la cocina comunicaba con su vivienda, una planta baja pequeña con un dormitorio que usaba también como despa-

cho, un baño y un saloncito. Mi habitación iba a ser la buhardilla del último piso. Mary me entregó la llave, parecía impaciente.

—Lo siento, pero tengo que irme —anunció mientras se ponía una chaqueta que colgaba detrás de la puerta—. Hoy es viernes, y el pub estará lleno de gente. Ponte cómoda, sírvete lo que quieras en la cocina, y pásate por el bar luego. Mañana te explicaré cómo funciona todo esto con más calma.

Se despidió precipitadamente y se dirigió calle abajo hacia el bar. A unos doscientos metros se encontraba la Tap Tavern, un bar que Mary y su hijo Brian regentaban, y donde desde hacía más de quinientos años los lugareños se reunían para beber, cantar canciones, contar historias y, cómo no, criticar a los ingleses.

Miré alrededor y no vi rastro de ningún cliente, tampoco oí ningún ruido en el edificio. Un poco decepcionada por aquel recibimiento tan rápido, en el que apenas había podido presentarme, subí a mi habitación cargando la maleta con dificultad. La estancia era pequeña pero confortable. En ella había una mesa de madera cuadrada y robusta, un armario blanquecino, con rastros de pegatinas que alguien había intentado arrancar sin éxito, una cama y un par de sillas. El papel era bastante anticuado, con cenefas azul clarito. Si uno se quedaba mirándolo durante largo rato sin desviar los ojos, se acababan teniendo

alucinaciones tridimensionales, pero decidí que esa no era la mejor manera de emplear mi tiempo. La buhardilla se estrechaba diagonalmente hacia el lado de la cama, y sobre esta había una ventana grande. Me asomé a ella y vi a lo lejos, entre montones de antenas y ropa tendida, el puerto de Kinsale que se empezaba a iluminar. Por suerte, no debería compartir baño, ya que mi habitación daba a uno privado. Me duché y me puse ropa de más abrigo. Junio en Irlanda y junio en Madrid no son comparables.

Bajé de nuevo a la cocina para prepararme algo de comer. A pesar del escuálido menú del avión (un panecillo para gnomos y dos trocitos de jamón y queso encogidos), no tenía demasiada hambre. Supuse que serían los nervios, cuando estoy tensa por algo no puedo dormir ni comer. Había bastantes utensilios en la cocina, un montón de cacharros alineados en las largas estanterías y sobre la mesa de mármol, junto a los fogones, un par de ollas y sartenes, algunos cubiertos, un gato... ¡un gato! De repente, apareció un animal negro que saltó desde una de las estanterías hasta mi hombro y de ahí al suelo de la cocina. Me senté a reponerme del susto y me preparé un par de rebanadas de pan con un poco de paté que encontré en la nevera. Era una nevera enorme, en ella cabría hasta un cadáver... Decidí dejar los pensamientos macabros a un lado y me encaminé hacia el bar.

Al poco de entrar, Mary me hizo una señal para que me acercara a la barra y sin preguntar me dejó un refresco y un platito de cacahuets sobre el mostrador. Se giró hacia un lado y gritó:

—¡Briaaaaannn!

Un grupo de personas que se encontraba cerca, y que tenía la alegría del alcohol pintada en sus mejillas como tomates de huerta, levantó sus copas y gritó:

—¡Briaaaaannn!

—Estos irlandeses están como cabras —bromeó Mary, mientras alguien aparecía a su lado—. Este es mi hijo, Brian.

Era un hombre de unos treinta y pocos años, bastante corpulento, de pelo moreno y tez blanquecina. Me estrechó la mano y ofreció su ayuda para lo que fuera necesario.

Me dediqué a observar el local más detenidamente. La Tap Tavern estaba dividida en dos ambientes: en la parte posterior había una habitación con un billar y unos dardos, que daba a una pequeña terraza exterior ocupada por algunas mesas que supuse se usarían durante el verano, si la lluvia lo permitía. El bar en sí se concentraba alrededor de la barra semicircular desde donde Mary y Brian servían a los clientes. Alrededor de esta se esparcían desordenadamente varias mesas y sillas y dos o tres sofás pequeños. Las paredes eran de color amarillento, como envejecido,

y estaban cubiertas por abundantes cuadros y fotografías. Mary aparecía en muchas de ellas: con Brian y un hombre que supuse que sería su marido cuando se inauguró la pensión, Brian sujetando un trofeo de pesca, Mary luciendo un dorsal de alguna carrera popular... Había también mapas de Kinsale y de Irlanda, y algo parecido a un escudo con un trébol de cuatro hojas, sobre una inscripción en gaélico y otra en inglés, que decía: «*Do well, Kinsale*».

El ambiente del bar estaba bastante cargado, oía porciones de conversación por todas partes y el conjunto de voces y el cansancio acumulado empezaban a adormecerme. Reparé entonces en un grupo, dos chicos y una chica que conversaban sentados en uno de los sofás. Uno de los chicos me miraba intermitentemente. Me fijé en él especialmente porque llevaba un jersey de lana precioso, verde clarito. Mi fijación por los jerséis es herencia de mi abuela materna, la eterna tejedora, que desde pequeña me inculcó esta afición. Me decía: «Si quieres crecer, debes tejer», y yo, que a esa edad me lo creía todo, me lo tomé demasiado en serio. Crecer no crecí demasiado, pero tengo una buena cantidad de prendas hechas a mano en casa. El chico del jersey me sonrió, pero yo aparté la mirada. Mi atención pasó entonces a otro chico, americano a juzgar por el acento, que hablaba con una anciana. La mujer asentía sin decir palabra.

—¿Habla en serio, abuela? —preguntó él, abriendo los ojos, sorprendido—. ¿Me está retando a jugar a los dardos, y si gana quiere que le dé mi gorra de los Yankees?

La mujer volvió a asentir, y al sonreír me recordó a una castaña asada. El joven miró a sus amigos, incrédulo, y se volvió a la anciana:

—¿Pero usted ha visto bien este bíceps? —inquirió con orgullo, levantándose la camiseta y mostrando músculo—. Además, no se ofenda, pero tengo una vista de lince, ¡ni una dioptría!

La mujer se reafirmó en su propósito y le tendió la mano, que el joven estrechó con una suavidad exagerada, por miedo a estrujar aquellos dedos enclenques en apariencia.

La ancianita hizo una señal a Mary, que gritó desde la barra:

—¡Apuestaaaa!

Al momento, el grupo alegre de antes volvió a brindar en alto gritando:

—¡Apuestaaaa!

Deduje entonces que las apuestas eran costumbre en el bar, pero no me parecía demasiado normal que una de las participantes fuera una anciana.

La gente se agolpó alrededor de la pareja, que se había desplazado a la zona de juegos, a unos tres metros de la diana. Mary anunció las reglas del juego: a

diez tiradas, el ganador sería aquel que sumara más puntos.

—Las damas primero —dijo el americano con tono de sorna.

La abuelita tomó el dardo entre la punta de los dedos y lo lanzó con tan poca destreza que casi dejó tuerto a un espectador temerario, que estaba demasiado cerca de la diana.

—Uy, perdón —rio la dama, y reculó hacia donde estaba su contrincante—. Mala suerte...

El joven lanzó después y clavó el dardo en un cuadrante que le otorgaba veinte puntos, no era mal comienzo. La gente aplaudió mientras esperaba impaciente el turno de la anciana. Ella tomó el dardo de nuevo, guiñó un ojo y lo lanzó con tal decisión y puntería que hizo un blanco perfecto. El bar estalló en una ovación, y a partir de ahí se acabó la competición. El chico erraba sus tiros, cada vez más sudoroso e incómodo, mientras que la abuela clavaba dianas en todos sus turnos, e incluso se permitió la frivolidad de lanzar los dos últimos de espaldas, con el mismo resultado.

El americano finalmente se resignó, entregó la gorra de los Yankees a su oponente y salió del bar cabizbajo. Ella se colocó la gorra con orgullo e invitó a una ronda a sus acompañantes, otras dos abuelitas, aparentemente inofensivas.

—Estos turistas caen como moscas —sentenció Mary—, ¿tú tampoco sabes quién es esta mujer?

Negué con la cabeza, algo sorprendida.

—¡Es Hillary *Águila* Taylor!, campeona de jabalina en las olimpiadas de 1950 y 1954, y poseedora del récord absoluto de dianas consecutivas en una partida de dardos: 2 578 —se acercó un poco a mí como si fuera a contarme un secreto—. Cuentan que su puntería es tal, que hasta la jabalina la pinchaba en la diana, a más de cien metros de distancia. Cuando se le pasó la edad de competir, se dedicó a los dardos, que aunque aún no son olímpicos, se prestan más a jugar en cualquier lugar. Increíble, ¿verdad? La gente debería leer más el libro Guinness...

Aquello me pareció bastante surrealista, y apenas pude contener la risa. Mary continuó:

—Hillary es muy buena cliente, cuando hay apuestas nuestra recaudación se dispara, como te puedes imaginar. Así que ya sabes, Alice, si tienes alguna habilidad y te gustan las apuestas, ¡estás en el lugar indicado! Eso sí, en la Tap Tavern no se apuesta dinero, solo pretendemos que la clientela disfrute...

Decidí que había tenido bastante por esa noche, me despedí de Mary y me dispuse a dejar al bar. Un poco antes de llegar a la puerta, el chico del jersey verde se cruzó en mi camino.

—Hola, ¿cómo te llamas? Tú eres la chica que va a trabajar con Mary, ¿no es así?

Me miraba con una sonrisa que dibujaba dos surcos en sus mejillas. Tenía el pelo muy negro, ondulado y un poco largo sobre la nuca, y los ojos claros de buen irlandés.

—Me llamo Alice, he llegado hoy y trabajaré en la pensión durante el verano.

—Yo me llamo Vergara, pero puedes llamarme Verga, que es más corto.

Por suerte, pude contenerme de hacer un chiste fácil.

—Prefiero Vergara... Es un nombre bastante curioso para un irlandés.

—Sí, bueno —sonrió dejándome pasar—, pues entonces espero que nos veamos por aquí. Yo también soy de Kinsale.

Me abrió la puerta y le dije adiós. Llegué a la pensión y en la escalera me crucé con un par de chicas que me preguntaron por alguna discoteca en Kinsale. Les respondí que era mi primer día y que no conocía demasiado la ciudad, pero que podían preguntar en el pub de Mary, porque seguro que allí había alguien que las pudiera ayudar.

Entré en la buhardilla y me metí en la cama. No bajé la persiana, me quedé un rato mirando el cielo estrellado de Kinsale, que supe después que no se

deja ver demasiado, mientras pensaba en aquella noche un poco irreal, con Mary y Brian, la lanzadora de jabalinas y Vergara, y me dormí sonriendo.

Año 1602. Tres mil soldados españoles desembarcan en Kinsale, al sur de Irlanda, para ayudar a los rebeldes en su lucha contra la ocupación inglesa. Uno de esos soldados es Rodrigo Vergara, que rápidamente conquista el corazón de una noble irlandesa. Ella, como prueba de su amor, le entrega una valiosa joya de oro, diamantes y esmeraldas, en forma de trébol de cuatro hojas: la suerte absoluta.

Cuatro siglos después, Alicia tiene todo el verano por delante antes de comenzar la universidad. Su premio por las buenas notas en Selectividad es un viaje a Irlanda para practicar inglés. Cuando llega a Kinsale, piensa que sus vacaciones en ese pueblecito pesquero serán muy apacibles. Pero pronto descubre que allí nada es lo que parece. Un hombre desaparecido, un joven seductor llamado Vergara, muchos secretos, y la búsqueda de una joya que cambiará la vida de aquel que la encuentre.

Desde luego, para Alicia este no va a ser un verano como los demás...

ISBN 978-84-667-6405-6



1525034

ANAYA

www.anayainfantiljuvenil.com